

Name: Álvaro Mella López

E-Mail: almelpez12@gmail.com

Date of birth: September 12th, 1997

SCHUMAN 2.0 DECLARATION (IN SPANISH)

Setenta años después de la Declaración Schuman, Europa vive en la época de paz y prosperidad sin parangón en su historia. Hoy en casi todos los confines de nuestro continente los pueblos europeos se dejan guiar por unos valores de democracia, solidaridad, y fraternidad, pero desafortunadamente, el mundo es sumamente complejo, y siempre hemos vivido en una inestabilidad sempiterna, donde el populismo exacerbado está implorando la vuelta a la Europa de los Estados-Nación, que tanto daño nos hizo en tiempos pretéritos.

Nunca más podemos caer en la tentación de dejarnos seducir por la retórica chovinista y jingoísta que en la época hodierna crece con fervor en algunas regiones europeas. Los Estados-nación representan el nefando pasado que provocó que nuestras almas se cicatrizasen en forma de fronteras. Gracias a la UE y al Espacio Schengen, la Europa del futuro deberá significar la supresión de las fronteras, y el abandono definitivo de un antaño que jamás deberá volver.

Hemos tenido que sufrir la pandemia más mediática de la historia para que todos los ciudadanos comprendan que el enemigo no debe buscarse entre nosotros (los humanos) sino entre las amenazas que nos atañen a todos. Hoy el enemigo es el COVID-19, pero mañana lo será la pobreza, las recesiones económicas, el cambio climático...

Por eso desde Europa se debe reavivar la idea de solidaridad que nos ha hecho ser un ejemplo mundial de éxito social. La Europa del pasado sobrevivía a base de caridad, que es una humillación vertical consistente en dar lo que nos sobra. La Europa del presente (y del futuro) solo marcha y podrá avanzar con solidaridad, que a diferencia de la caridad, esta es una relación horizontal que implica compartir lo que tenemos.

El dogmatismo populista euroescéptico ha de reemplazarse por un pragmatismo europeísta, mediante el cual los gobiernos estatales puedan defender el multilateralismo como utilidad, para así poder contender los desafíos globales a través de respuestas globales de Europa con el resto del planeta.

A pesar de los contratiempos presentes y de que se acreciente sobremanera las hesitaciones sobre el proyecto europeo en la opinión pública, las fuerzas centrípetas que nos cohesionan siguen siendo mucho más vigorosas que las fuerzas centrífugas que buscan dividirnos. No obstante, la confianza puede verse obcecada si no conseguimos que los europeos sientan como suya la bandera azul de las doce estrellas, y si todos los gobiernos no fomentan la idea de que todos pertenecemos a Europa, y que todos los ciudadanos europeos como un único pueblo que siempre ha de estar unido.

Desde aquel 9 de mayo de 1950, los europeos nunca hemos dejado de luchar por nuestra libertad. Los franceses, alemanes, italianos, belgas, neerlandeses y luxemburgueses pusieron la primera piedra para que más tarde naciera la organización internacional más democrática y poderosa de la historia. Los portugueses que vivieron la Revolución de los Claveles, los griegos protagonizaron la Metapolítefsi, y los españoles hicieron otra transición ejemplar.

Los polacos, húngaros, rumanos, búlgaros, checos y eslovacos superaron con pundonor sus regímenes comunistas para poder formar parte de la familia de Estados democráticos. Millones de ciudadanos de los tres países bálticos (Lituania, Letonia y Estonia) formaron todos juntos una pacífica cadena humana para librarse de la subordinación soviética. Y unos años después, a todos se nos encogió el corazón con las sanguinarias guerras yugoslavas. Pero no nos confundamos. Las heridas que siguen existiendo en los Balcanes, Irlanda o Chipre son las heridas de todos los europeos, y cada vez es más evidente que debemos estar unidos en una Europa federal para poder cerrar definitivamente estas cicatrices.

Aunque en el corto plazo parezca que los ciudadanos de cada Estado tienen intereses distintos, todos los europeos (independientemente de que seamos malteses, austríacos o de algún Estado nórdico) tenemos la misma cosmovisión a largo plazo: necesitamos más democracia, más libertad, más prosperidad. Para eso, el camino a seguir no es otro que la Federación Europea. Y en esa futura Federación, también deberían formar parte los británicos.

Hace 70 años pocos se imaginaban en que hoy Europa se convertiría políticamente en Patrimonio de la Humanidad de manera meritocrática. Continuemos en nuestros designios de que Europa sea el mayor baluarte legítimo de la democracia en el orbe. Para los próximos 70 años, podemos seguir haciendo avances que hoy nadie se imaginaría. Para eso, hay que ir progresivamente (es decir, de manera gradual) dotando de más autonomía a las instituciones federales (como la Comisión o el Banco Central Europeo), y aminorar la dependencia de las instituciones intergubernamentales, como el Consejo Europeo. Antes de que nos demos cuenta, Europa volverá a enamorar al mundo.